



David Ruiz Chataing (2011)
Historia intelectual de Venezuela (ensayos)
 Caracas: Universidad Pedagógica Experimental
 Libertador, 143 p.

Hay momentos en las sociedades humanas que obligan a revisar detenidamente el pasado para intentar comprender los desatinos del presente. El nuevo libro de David Ruiz Chataing está inscrito justamente en esa vieja búsqueda de respuestas, las cuales no siempre hemos sido proclives a interiorizar.

Historia intelectual de Venezuela (ensayos), 2011, es el resultado del afanoso interés de su autor por auscultar las ideas de varios intelectuales venezolanos del siglo XIX y principios del siglo XX. En medio de una Venezuela palúdica y analfabeta, azotada por los males de las guerras intestinas, sobresalieron las luces de un connotado grupo de individuos que, en el campo de las letras, la ciencia y la filosofía permanecieron fieles a sus convicciones políticas a riesgo de verse marginados o incluso amenazados por los arrebatos del poder altisonante que exige la más castrante de las sumisiones.

Hombres como Luis Gerónimo Alfonzo, Nicanor Bolet Peraza, Laureano Villanueva, Francisco Tosta García, Marco Antonio Saluzzo, José Ladislao Andara, Carlos León, Horacio Blanco Fombona y Cristóbal Benítez son recogidos en este primer volumen que seguramente ofrecerá nuevas entregas, mostrando no solo sus respectivos periplos vitales, sino sus planteamientos históricos y políticos, plasmados en diversos libros, folletos y hojas sueltas que, en su hora, despertaron la ira de los mandones de turno y la exaltación de una parte de la sociedad amante de la libertad y la igualdad.

Todos ellos, más allá de sus creencias, filiaciones políticas y corrientes metodológicas, compartían una misma visión de país, en que se respetasen las garantías individuales y que las instituciones del Estado funcionasen alejadas de las prácticas despóticas. Para muestra, tomaremos dos autores esbozados por Ruiz Chataing en su libro.

Uno de los intelectuales cuya pluma estuvo atenta a defender los derechos de los ciudadanos, fue la de Luis Gerónimo Alfonso. Autodidacta y luchador político de primera línea, adversó a todos aquellos que en su opinión habían defraudado el evangelio liberal que preconizaba la paz, la civilización y el progreso.

Para Alfonso, “la luz de la razón” debía ser el faro señero que guiara los pasos del hombre en la construcción de un mejor destino. Ello serviría de freno a “La propensión a adquirir el poder público, retenerlo y abusar de él” (p. 22).

Dada su condición de “publicista”, ejerció a lo largo de su vida político “un periodismo de combate” a través de sus columnas en conocidos medios impresos de la época como *La Opinión Nacional*, *El Federalista*, *El Colombiano*, entre otros. Así pues, no es de extrañar su postura a favor de “la más amplia libertad del pensamiento y de expresión”. En opinión de Alfonso, “esta última tiene la función de mejorar la administración pública; contribuir con el amplio debate para trazar los derroteros que debe tomar el país” (p. 25).

Agrega además que uno de los deberes del Gobierno es “facilitar la expresión y divulgación de las más disímiles opiniones” (p. 25). Eso sí, considera un límite moral a esta vasta libertad: “No debe incentivar el odio, ni la difamación (...) debe ser siempre respetuosa y tolerante” (p. 25).

Otro de los autores hilvanados por Ruiz Chataing es Laureano Villanueva, ilustre sancarleño, nacido el mismo año de la fundación del Partido Liberal (1840), de profesión médico, de oficio escritor y de ocupación político. Villanueva estimaba que un verdadero ciudadano era aquel que era formado para vivir en una república. En su opinión, el principal deber de un gobierno republicano era el de proveer educación a todo el pueblo y con ello se forjarían “ciudadanos participativos e industriosos” (p. 49).

Para que una república evolucionara eficazmente hacia el progreso resultaba indispensable estimular el comercio y la manufactura. Ello iba aparejado a la

necesidad de educar a los hombres en la valoración del trabajo. Pero no se queda en la mera exclamación de ideas generalizadas. Villanueva hace propuestas concretas para impulsar la base de la economía venezolana de entonces: “El trabajo en el campo debe mejorarse con el apoyo de la ciencia y el mejoramiento de las estadísticas (...) creación de bancos populares con bajas tasas de interés para sus socios y protección a la industria” (p. 53).

Pueden hallarse en los escritos de Villanueva “constantes referencias a la Biblia, a la vida y el ejemplo de Jesús”. Eso no obsta para encontrar referencias en torno a la necesidad de “secularizar la sociedad y divulgar los avances científicos”. De acuerdo con Ruiz Chataing, Villanueva como escritor político se acerca “a una corriente que en el siglo XIX venezolano podemos llamar cristiana, liberal, masónica, democrática y científicista” (p. 49).

En suma, este libro del historiador David Ruiz Chataing es sin duda el fruto de una línea de investigación que ha cultivado consecuentemente a lo largo de su vida académica. Representa, además, una invitación al lector a reflexionar sobre la vigencia de una serie de principios sobre los cuales ha cursado el devenir nacional.

José Alberto Olivares